

FELIPE DE LUIS MANERO

Urtain

Retrato de una época

Índice

PERDER (QUEDAN VEINTIÚN AÑOS Y 253 DÍAS PARA LA CAÍDA), 11

PRIMERA PARTE

La fuerza, 15

SOLO (QUEDAN DIECISÉIS DÍAS PARA LA CAÍDA), 27

EL PADRE DEL CONDENADO, 36

SEGUNDA PARTE

El origen del mito, 41

EL LEÑADOR DE RÉGIL, 41

EL MÉDICO DEL DICTADOR, 55

ESPAÑA (QUEDAN VEINTIDÓS AÑOS Y 97 DÍAS PARA LA CAÍDA), 61

EL DETECTIVE GARCÍA, 77

TERCERA PARTE

El aprendiz, 81

NADIE (QUEDAN SIETE AÑOS PARA LA CAÍDA), 100

EL PINTOR, EL POETA Y..., 110

... Y EL PORTERO (SUPLENTE) DEL ATLETI, 121

CUARTA PARTE

El boxeador, 127

VIEJO (QUEDAN MENOS DE DOS AÑOS PARA LA CAÍDA), 149

EL BOHEMIO NACIDO PARA EL BOXEO, 158

DRAMA (QUEDAN QUINCE AÑOS Y TRES MESES PARA LA CAÍDA), 180

QUINTA PARTE

La decadencia, 185

VOLVER (QUEDAN ONCE AÑOS PARA LA CAÍDA), 190

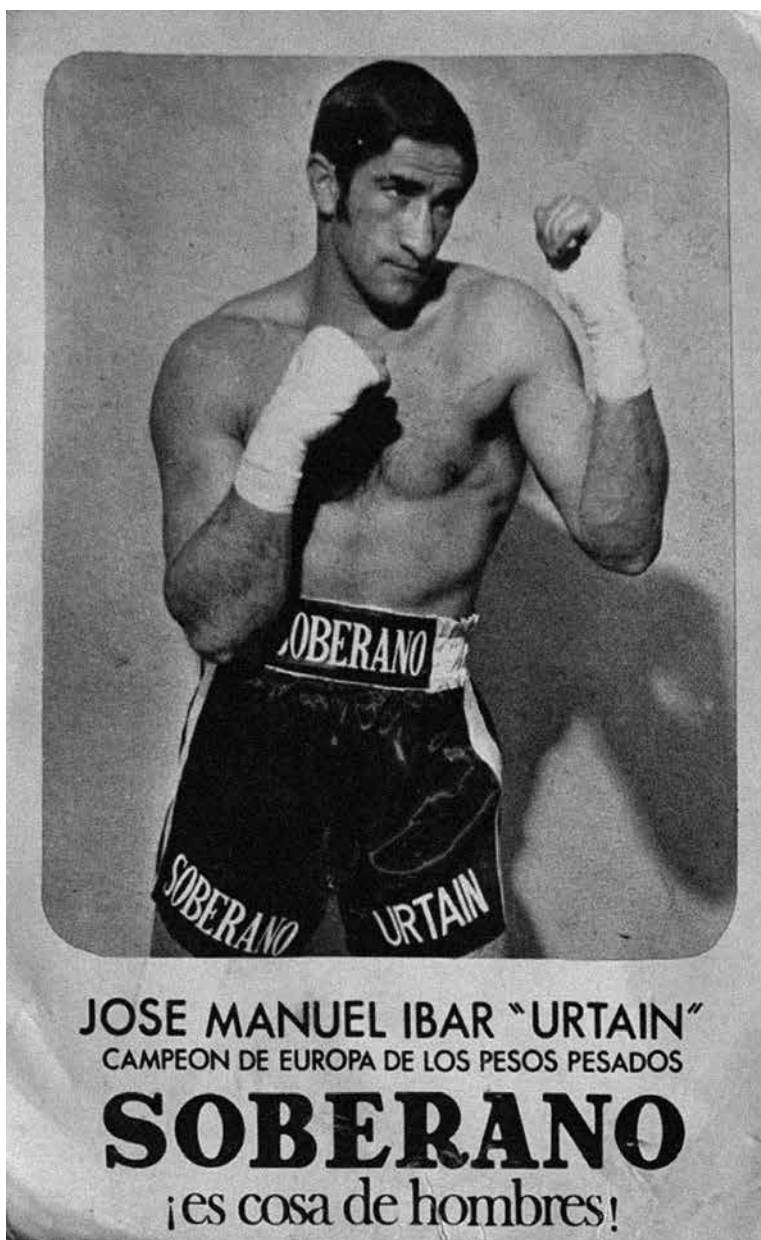
DEJAR DE SER, 217

LA CAÍDA (21 DE JULIO DE 1992), 218

Sobre el libro y sobre Urtain, 219

Bibliografía y documentación, 223

*A los que sin tener ni idea de boxear
siguen subiéndose al ring cada día.*



JOSE MANUEL IBAR "URTAİN"
CAMPEON DE EUROPA DE LOS PESOS PESADOS

SOBERANO

¡es cosa de hombres!

JOSÉ MANUEL IBAR ASPIAZU, URTAİN
(1943-1992)

«No sabe capear temporales, sino desencadenarlos», Manolo Alcántara, sobre Urtain, en la crónica de su combate por el título europeo ante Weiland.

PERDER
(QUEDAN VEINTIÚN AÑOS Y
253 DÍAS PARA LA CAÍDA)

Solo quiere llegar al hotel y coger su dinero. Su mánager le había prometido siete millones y medio de pesetas pasase lo que pasase. Y ha perdido, pero ahora eso le da igual. El dolor no le permite pensar en nada que no sea su dinero, ni siquiera en la derrota. Es ese tipo de dolor físico que nubla la razón y embota la mente, el tipo de dolor que consigue que sean únicamente las necesidades fisiológicas las que prevaalezcan: mear, beber, dormir. Y su dinero, coger su dinero.

Le han dado una paliza. La cara le palpita con fuerza, siente agudos pinchazos en los ojos, el izquierdo parece el gajo ennegrecido de una fruta podrida, casi no puede abrirlo. Puede que tenga algún hueso roto, sería lo más normal. Y el estómago, ay, el estómago. Lo tiene hundido, con una enorme mancha negra que parece un agujero, prefiere no mirarlo. Cuando el inglés le clavó ese gancho de izquierda en la tripa, primero se quedó sin aire y luego pensó que se iba a morir. Pero tras unos segundos hipnotizado por el dolor, quiso seguir adelante. En momentos así el boxeador no puede ni debe razonar, solo seguir peleando, ese es su oficio y él lo estaba aprendiendo a marchas forzadas.

No sabe cómo, pero acaba de llegar a su hotel. Alguien ha debido de traerle, pero ahora está solo. El recibidor se encuentra sumido en una penumbra extraña, una oscuridad salpicada por incómodos haces de luz. Escucha voces y risas amortiguadas, vienen de muy lejos. Le parece que pueden ser las de los pelotaris Julián Lajos y

Miguel Soroa. Después del combate ha tenido que hacer un esfuerzo y dedicarles unos minutos. Recién duchado, raya en un lado, tiritita en la ceja derecha, nariz porcina e inflamada por los golpes, bigotillo de adolescente, americana gris encima de un jersey blanco de cuello alto, la expresión vacía, se ha puesto en medio de los dos para que la prensa le sacase una foto. Eso ha sido hace un rato largo, pero ahora aquí, en el camino alfombrado que conduce al ascensor, en realidad no hay nadie más: solo están él y su dolor.

Unos pisos más arriba, sale del ascensor y camina hacia su habitación. Se tambalea un par de veces, pero a tientas logra apoyarse en la pared del pasillo y continúa andando. Parece un espectro, una especie de ogro encorvado, un montón de carne que se mueve lentamente, aunque tal vez solo sea un hombre al que han golpeado hasta la extenuación.

Le habían dicho que Henry Cooper estaba acabado. Tenía treinta y seis años, era un viejo. Sí, había tumbado a Cassius Clay, pero eso fue hace mucho tiempo. Aunque Manolo del Río, su entrenador, estaba preocupado. Se lo notó en la cara nada más subir al *ring*. Y cuando empezó el combate comprendió el motivo: ese hombre sabía pegar, ese hombre era muy bueno, aquella iba a ser una pelea durísima.

Ahora, cuando está a punto de entrar en la habitación, un extraño escalofrío de satisfacción recorre su cuerpo. Ha sido su segunda derrota, pero la otra vez fue diferente. Ante el italiano Alfredo Vogrig le habían descalificado por dar un golpe bajo. Después de veintiocho victorias consecutivas, perder por una decisión de los jueces era casi una anécdota. Pero esto es distinto: aquí se ha vaciado, lo ha intentado de todas las maneras, ha combatido con todas sus fuerzas, y finalmente ha caído derrotado. Por eso está triste pero contento a la vez, porque ha perdido como un auténtico campeón.

¿Y si el combate hubiese seguido? Le había abierto las dos cejas al inglés, incluso lo había tirado al suelo una vez, aunque en realidad sabía que a los puntos iba a ser difícil ganar. Pero podía

haberlo noqueado, seguro que sí, solo necesitaba un poco más de tiempo, solo unos minutos más. Se lo pidió a Manolo, le dijo que podía ganar a ese tipo de entradas prominentes y torso pálido y plano, pero su entrenador le miró a la cara con espanto y lanzó la toalla de manera urgente, como si fuera un papel en llamas que estuviera a punto de abrasarle la mano.

Abre la puerta y enciende la luz con dificultad. Entorna los ojos y escudriña lo que hay a su alrededor. Distingue algo en la cama. Se acerca tembloroso y algo excitado, como solo lo haría un adicto ante la visión de su próxima dosis. Pero aquello no es el dinero. Lo que encuentra encima de la colcha es un billete de avión a Madrid y una revista pornográfica. Al principio piensa que es una broma: tiene que serlo. Branchini le aseguró que el dinero estaría en la habitación. Él tenía que marcharse por no sé qué compromiso ineludible, pero antes pasaría por el hotel para dejarle lo estipulado, lo que era suyo.

Seguro que el cheque tiene que estar en algún lugar. Dentro de un rato, cuando lo encuentre, sonreirá al recordar la ocurrencia de ese italiano gordo y cargante. Exactamente eso es lo que hará y después decidirá en lo que va a gastarse toda esa pasta. Busca en todos sitios, abre los cajones con violencia, se tira al suelo para mirar debajo de la cama, después se abalanza sobre el escueto minibar. Nada. Branchini se la ha jugado y encima se ha reído de él.

Dirige la mirada con repulsión hacia la revista y se siente humillado. Da un fuerte puñetazo a la pared que deja sus nudillos en carne viva. La nariz empieza a sangrarle de nuevo, parece que va a vomitar el corazón de un momento a otro. Da una patada a la mesita de noche. Si tuviera enfrente a Branchini, lo mataría. A él y a todos los buitres que le han engañado alguna vez.

Puede que ahora piense en su padre. Sí, seguro que lo hace. Recuerda a ese hombre fuerte y juerguista, a ese hombre al que apenas conocía. Recuerda la forma en la que murió y recuerda también su semblante lívido y circunspecto cuando reposaba en el

féretro de madera. Recuerda todo eso y no sabe si lo que siente en el pecho es pena o vergüenza. No importa.

Se tumba en la cama, esconde la cabeza bajo las mantas y llora. La sal de las lágrimas se mezcla con el sabor metálico de la sangre. Piensa que ese debe de ser el sabor de la derrota.

Es 10 de noviembre de 1970. La noche cae pesada y fría sobre las calles de Londres. Urtain ya no es campeón de Europa.

La fuerza

La guerra acaba de terminar y España huele mal: huele a gris, a vencedores y vencidos, a barro y suciedad. Pero aquí no, aquí es distinto, aquí arriba no llegan esos olores y, si llegan, se pierden en el aire porque se entremezclan con otros más consistentes. Estos son los montes de Euskadi y aquí huele a verde, a estiércol, a vacas que pastan.

Comienzan los años cuarenta y José Ibar está contento. Ha heredado el caserío de sus padres. Es el hijo mayor, aunque es adoptado. Sus padres lo recogieron de la inclusa al morir prematuramente su primer bebé. Luego llegaron cuatro hijos más (tres mujeres y un varón) de forma natural, pero el primogénito es José.

Han sido años convulsos. José se escabulló de combatir en la guerra y logró marcharse a Francia, a una especie de hotel que regentaban unos familiares. Debía alistarse con los sublevados, aunque en realidad el bando le daba un poco igual. A él no le iba eso de matar y morir, se sentía más a gusto disfrutando de la vida, sin más. Lo de Francia, no obstante, no estuvo tan mal: sí, le entristecía no estar en su tierra, añoraba tantas cosas que a veces el nudo de la garganta le apretaba con demasiada fuerza, pero allí todos le trataban con cariño. De hecho, el nuevo huésped despertaba un poderoso interés en el sector femenino. Las camareras del hotel

estaban entusiasmadas con ese fornido vasco, preguntaban por él a todas horas. Es muy posible que para esos entonces José Ibar y Felisa Azpiazu ya fueran pareja y estuvieran esperando que pasase el huracán bélico para poder estar juntos. De cualquier modo, José no tenía problema en degustar el inigualable placer de sentirse deseado. Tampoco hacía daño a nadie y el camino así parecía bastante más despejado.

Pero eso quedó atrás y ahora ha vuelto a Euskadi y encara por fin una nueva vida con Felisa. Tienen una casa, un terreno, muchos proyectos. El caserío se llama Urtain y está en Cestona, un pequeño pueblo de Gipuzkoa situado entre Zumaia y Azpeitia. La extensa finca se encuentra en un alto, en el barrio de Ibañarrieta, cobijada por el monte de Arrona, el monte Izarraitz y otros cuantos cerros sin nombre. A lo lejos se puede ver la gran ciudad, San Sebastián. Es la típica casa que los niños dibujan en el colegio: no muy alta, el tejado triangular, la puerta rodeada de ventanitas y un inmenso manto verde que se cuele por todos lados. La casa está vieja, necesita una reforma, pero desde luego es un muy buen punto de partida.

Hay una cantera y da trabajo a muchos hombres de la zona. José, como ya hizo su padre hace años, ejerce de capataz. No son ricos pero tampoco pobres, de hecho su situación es mejor que la de muchas familias del pueblo. Reforman la casa, compran animales, construyen una taberna en la finca. Felisa se va a ocupar de ella. También, por supuesto, de cocinar y de criar a los hijos que vengan. Y los dos quieren que vengan un montón, pero antes de ponerse a ello se casan, no vaya a ser. La boda se celebra el 23 de febrero de 1941.

Tienen treinta años, Felisa es unos meses mayor que José. Se quieren y hacen el amor hasta desgastarse. No quieren saber nada del gris que inunda España, ellos quieren niños, ruido, vida. El 1 de enero de 1942 nace su primera hija, Mari Carmen. Después vienen ocho más, no descansan: José Manuel, Cándido, Paco, Elvira, Martín, Eusebio, Antxon y Josetxo. Tienen nueve hijos en poco más

de diez años. Intercalados en esta secuencia hay dos abortos, que no consiguieron atenuar el frenesí procreador del matrimonio. Y cuando ya parecía que la tarea estaba más que finiquitada, siete años después del nacimiento de Josetxo, llega su décima hija: Mari Cruz. En ese momento, José y Felisa tienen cuarenta y siete años.

EL SEGUNDO de los hermanos Ibar, José Manuel, nace el 14 de mayo de 1943. No es un niño especialmente grande, al contrario, es más bien flacucho. Tampoco el siguiente en llegar, Cándido, tiene pinta de fortachón. El padre finge no preocuparse por la complejión de sus primeros hijos varones, pero un ligero resquemor le crece por dentro. Eso aquí puede ser un problema, la fuerza física es lo primero.

Él lo sabe porque ha empezado a competir con los demás hombres. Cría bueyes, animales grandes y poderosos, y después los utiliza para arrastrar piedras de dos toneladas, de tres, de cuatro. Une a los animales con una yunta, después le anuda a esta una cuerda y luego tira y tira. En esta modalidad llega a ser campeón de España en 1950. A veces es él mismo el que arrastra la piedra con la ayuda de algún compañero. Atan una cuerda a la piedra y tiran y tiran. También prueba a levantar piedras, pedruscos enormes y pesados, algunos de más de ciento cincuenta kilos. Arranca la piedra del suelo con sus brazos, se aferra a ella, la arrastra por el pecho y finalmente la coloca en el hombro, como hace el pirata con su loro. Repite la maniobra varias veces, a eso se le llama alzada. Es una fuerza de la naturaleza.

Los hombres apuestan, él también. Todo el mundo lo hace en Euskadi, cualquier intento de domesticar la naturaleza es susceptible de convertirse en un juego en el que arriesgar el dinero: el arrastre de bueyes, el levantamiento de piedras, el arte de cortar troncos, el remo, todo. A José a veces se le ocurren otro tipo de apuestas, casi siempre en el bar. Dadme puñetazos en la tripa con toda vues-

tra fuerza y no me moveré del sitio ni un centímetro. Saltad en mi vientre o en mi espalda, da igual, lo soportaré. El aroma del vino le impide oler el peligro: se siente invencible.

¿Podrían sus hijos hacer algo así? Algunos de sus vecinos creen que no. Hay uno que se burla de él, de su familia: tus hijos no son fuertes, la saga Urtain se va a acabar. Y se ríe de forma estridente. José Manuel escucha los comentarios y acumula rabia. Un día le dice a su hermano Cándido que tienen que hacer algo para reponer el honor de la familia: podrían por ejemplo partirles la cara a los hijos de aquel vecino. Cándido es más prudente que José Manuel, recela en un principio porque esos chavales son más grandes que ellos, pero termina aceptando. Van a por esos chicos y los muelen a palos, sobre todo José Manuel. Es él quien empieza a golpearles sin mediar palabra cuando los encuentra en la calle. Les pega puñetazos en la espalda, en la tripa, en la cara. Cándido al principio no hace nada, solo escucha embobado el sonido hueco de los nudillos de su hermano al chocar con la oreja del otro. Luego sí, con una sonrisa nerviosa en la cara se une a la tunda y reparte manotazos y patadas con la certeza de que esta vez saldrá indemne.

No dicen nada en casa; aunque hubieran sido ellos los que hubiesen recibido, tampoco lo harían. Tienen un código: lo que sucede en la calle, se queda en la calle, ellos no necesitan que nadie los defienda. El padre de los chicos va hasta el caserío de José para pedir explicaciones por la paliza. José se encoge de hombros, no sabe nada de eso. Y además: «¿Tú no decías que mis hijos no eran fuertes? ¿Cómo podrían, entonces, hacer algo así? Eso es imposible; anda, date la vuelta y márchate de mi casa». José Manuel tiene doce años y Cándido once, son unos críos. De los Urtain no se ríe ni Dios.

JOSÉ MANUEL no parece gran cosa, eso es verdad: sus brazos son flacos, no es especialmente alto, no apunta maneras. Pero el chico tiene valor, nunca vacila. Y aprende rápido: a montar en bici, en

Bibliografía y documentación

- Urtain, el rey del ko*, de Alberto Otaño Zubiri, La Gran Enciclopedia Vasca.
- Comedia Urtain*, de José María García, Publicaciones Controladas.
- Del boxeo*, de Joyce Carol Oates, De Bolsillo.
- En el corredor de la muerte*, de Nacho Carretero, Espasa.
- Cuarenta años junto a Franco*, de Vicente Gil, Planeta.
- Golpes de gracia*, de Joxemari Iturralde, Malpaso.
- La esfera y el guante: aventuras deportivas de un periodista inquieto*, de Julio César Iglesias, Córner.
- La edad de oro del boxeo (15 asaltos de leyenda)*, de Manuel Alcántara, Libros del ko.
- Buenas noches y saludos cordiales: José María García. Historia de un periodista irreplicable*, de Vicente Ferrer Molina, Córner.
- Kid Tunero, el caballero del ring*, de Xavier Montanyà, Pepitas.
- Blanco ni el orujo: las cuatro vidas de San Román*, de José Antonio Martín Otín Petón, Córner.
- Película *Urtain, el rey de la selva... o así*, cedida gentilmente por Impala Producciones con la mediación de Enrique Cerezo.
- Hemerotecas de *El País*, *Marca*, *As*, *ABC*, *Pueblo*, *Mundo Deportivo*, *Libertad Digital*, *La Vanguardia* y *El Correo Vasco*.
- Reportaje para el suplemento *Gente*, de *La Actualidad Española*: «Biografía completa de Urtain», por José Antonio Valverde.

Extractos de combates y entrevistas visionadas en Youtube de TVE,
Telecinco, ETB...

Obra de teatro *Urtain*, de Juan Cavestany.

Documental *Urtain: leyenda y tragedia*, emitido por ETB.